

masías; que si los bendices, todo reflorecerá, y con los ruiñeños de esos bardales cantaremos por el mundo este cántico delicioso:

¡Ay dulces amores, Jesús y María! ¡el que os tenga en su corazón, en vida tendrá el cielo!

JACINTO VERDAGUER
Presbítero.

(21) En Vich existen dos que representan a San Francisco con las manos alzadas al cielo en actitud de predicar, y que se suponen correspondientes a la época en que el Santo visitó la ciudad.

CAPÍTULO V

LA ORDEN SE CONSTITUYE

El cuarto Concilio de Letrán.—Domingo de Guzmán el español.—Domingo y Francisco se abrazan.—Las Ordenes gemelas.—El Capítulo de Pentecostés.—Las misiones franciscanas.—Sueños de Francisco.—El protector de la Orden.—El gran Capítulo de las Esteras.

.....
Una progenie ha descendido del
cielo.

.....
(Gregorio IX, *Oficio de
San Francisco.*)

El día 11 de Noviembre de 1215, festividad de San Martín, fué por Inocencio III abierto solemnemente el Concilio IV de Letrán, y XII de las asambleas generales de la cristiandad. Alinéabanse en los escaños colocados en la gran basílica cuatrocientos doce obispos, ceñida la sien con sus altas mitras; ochocientos abades y priores empuñando sus retorcidos báculos; los patriarcas bizantinos con sus aparatosas vestiduras recamadas de oro, los embajadores y heraldos de los monarcas de Europa, ostentando en el pecho los blasones nacionales. Cual si Inocencio hubiese tenido, mejor que presagio, revelación clara de su próxima

muerte, puso para encabezar el discurso de apertura aquellas palabras de Jesucristo en el Evangelio de San Lucas:—*Mucho he deseado comer con vosotros esta Pascua, antes que padezca. Porque os digo, que no comeré más de ella, hasta que sea cumplida en el reino de Dios.* (1).

Mientras redactaba el Concilio sus importantes cánones, definiendo el dogma de la Trinidad, condenando los errores del célebre abad calabrés Joaquín y el panteísmo de Amalarico de Chartres y depurando rigurosamente la fe; mientras sentaba en el octavo canon la base del procedimiento criminal en su forma más equitativa, reprimía los excesos de los clérigos, regularizaba la enseñanza teológica, la concesión de los beneficios eclesiásticos, la cura de almas, los sacramentos, pensaba en la creación de escuelas de gramática, vedaba los desposorios clandestinos y severamente ponía coto a la relajación que había sustituido al monástico fervor de Monte Casino y de Cluny; mientras una vez más se unían el poder secular y el espiritual, mancomunándose para continuar la eterna gloriosa lucha del Occidente contra el Islamismo, alentaban en Roma dos hombres, a la sazón desconocidos, que venían a ofrecer a la Iglesia su vasto pensamiento y su inmensa voluntad. Ambos hombres se hallaban, puede decirse, en el vigor de la edad viril. El más joven, italiano, poeta, apasionado, encendido todo en caridad, pretendía abrasar con el fuego de su corazón al mundo: el más entrado en años, español, pensador, austero, apostólico, aspiraba a alumbrar el orbe con la luz de su inteligencia. Francisco de Asís y Domingo de Guzmán, movidos por misterioso paralelismo de ideas, acudieron a Roma durante el Concilio.

El castellano Domingo de Guzmán poseía las cualidades geniales de su fuerte país (2). Hijo de una mujer noble y santa, devoto desde la niñez, consagrado

en su flor juvenil a profundos estudios universitarios de letras, de filosofía, de teología, era tan sobrio, que afirmaban los escolares de Palencia que jamás quiso probar el vino; tan grave y precoz en su madurez, que a los cuatro lustros parecía su continente el de un anciano venerable; tan liberal, que al asolar la miseria su provincia, vendió ropa, cama y hasta los amados libros en que su inteligencia buscaba la luz de la verdad, para repartir el precio a los menesterosos, diciendo que no quería estudiar en pieles muertas, a costa de que muriesen de hambre los hombres; tan dispuesto a heroicos impulsos, que se ofrecía a venderse por esclavo, en rescate del hermano de una mujer a quien vió llorar (3). Diego de Acebedo, obispo de Osma, varón evangélico por su celo, grande por sus dotes, reparó en las de Domingo. Afilió al hidalgo licenciado en el capítulo de canónigos de su catedral, que acababa de regularizar conforme a la observancia de San Agustín; y cuando, diputado por Alfonso de León para pedir a la hija de los condes de la Marca por esposa de Fernando el Santo pasó Diego de Acebedo a Francia y Roma, llevóse consigo a Domingo como su más íntimo confidente y secretario. Juntos cruzaron las provincias meridionales, y con espanto las vieron inficionadas hasta la médula de los huesos del virus albigense, secta sutil y penetrante, organizada entre el misterio, y que amén del cuerpo de doctrinas metafísicas que secretamente profesaba, poseía otro de principios sociales totalmente adversos a la constitución de la Iglesia, del poder y de la familia. Ambos viajeros se dieron mutuamente cuenta del terror experimentado al advertir en las entrañas mismas de Europa tan honda úlcera, más peligrosa que el alfanje sarraceno. Subió de punto su recelo cuando se convencieron en Tolosa de que hasta el huésped que les albergaba era un albigense. Los dos españoles se miraron entristecidos: mientras su

patria derramaba sangre a torrentes por tener a raya al infiel, el hereje era vencedor, allí tan cerca, en Provenza, llave de la frontera española. Y vencía en efecto: los legados apostólicos enviados por la Santa Sede a predicar en el territorio occitano, se declaraban ya—tras de increíbles trabajos—incapaces de cortar las múltiples cabezas de la hidra; y era lo más doloroso que ni encontraban ayuda en los magnates, ni en los obispos, que hacían de sus metrópolis plazas fuertes (4), ni en los párrocos y clérigos, que vestidos de gayos colores, rodeados de pajes y siervos, se daban a la caza de cetrería o al juego y otros profanos solaces. Pasó Domingo de claro en claro la noche de su estancia en Tolosa, exhortando al huesped; al rayar la aurora, el albigense se retractaba de su error. En el regocijo del triunfo, el castellano vió patente el objeto de su vida: atacar la herejía por medio de la predicación, suscitar briosa milicia de defensores del dogma. La inspiración fué súbita y perfecta. Diego y Domingo aconsejan a los legados del Papa que despidan el lucido séquito, las acémilas y el equipaje que les seguía: despréndese también del suyo el obispo de Osma, quedándose sólo con algunos sacerdotes destinados a auxiliarle en la misión; y a pie, descalzos, penitentes, comiendo lo que Dios depara, durmiendo, si es preciso, al raso, recorren la comarca, que por primera vez escucha a los enviados de Roma viéndoles humildes y pobres (5). Domingo, atleta incansable de la disputa, convoca a los herejes por donde quiera que pasa, y argumenta y rebate el error: con fe heroica toma a sus propios adversarios por árbitros de la discusión, y ellos deciden a favor del generoso enemigo. No eran transcurridos dos años, y ya los albigenses veían descender su pujanza; Domingo recorría, evangelizándola, toda la provincia de Narbona; el episcopado, vuelto a la conciencia de su deber, auxiliaba eficazmente a los misioneros españoles, y a

la falda de los Pirineos, en el Monasterio de Nuestra Señora de la Pruilla, se albergaban las doncellas de la nobleza languedociana, ayer alumnas de los maniqueos, hoy fervorosas educandas católicas. Cuando el insigne obispo Diego bajó a la tumba, quedóse Domingo al frente de la gigantesca obra. Corrió al mismo tiempo la sangre del legado pontificio Pedro de Castelnaud, vertida por los albigenses, y fué su alevoso asesinato señal de encarnizada guerra, que por diez años despedazó al Mediodía. Simón de Monforte y sus cruzados redujeron por el hierro y el fuego las provincias que ya en abierta sedición amenazaban a Roma y a la joven nacionalidad francesa. En tanto que los ejércitos católicos batían a las tropas albigenses; en tanto que se arrasaban fortalezas, se incendiaban villas rebeldes y se reñían fieros combates, Domingo recorría sin cesar el territorio; mas no escoltado por huestes que le guardasen las espaldas, ni a la sombra del victorioso conde de Monforte, su amigo, sino solo, penetrando de propósito en las aldehuelas y villas más adictas al bando albigense, llevando con regocijada paciencia que la hostil multitud le escupiese al rostro, le arrojase lodo y piedras, le tratase como a ridículo insensato, expuesto siempre a ser acuchillado o entregado a la hoguera, predicando continuamente y obteniendo más fruto verdadero; conquistando más almas que enemigos derrotaban Simón de Monforte y sus aguerridas mesnadas; venciendo mejor con las cuentas de su rosario que Monforte con su bien templada tizona. Al entrar Simón en Tolosa, triunfante y cubierto de lauros, habiendo domeñado la herejía, pudo el viejo guerrero dar por cumplido su oficio en el mundo, pero el de Domingo comenzaba; si la fuerza se impone, en el convencimiento se fundan las victorias duraderas. En Tolosa vistió Domingo a sus dos primeros socios la túnica de blanca lana y la capucha: y sabedor de la convocación del Conci-

lio de Letrán, dirigióse a Roma a fin de consultar con Inocencio III sus designios y planes.

No había resonado en los oídos de Domingo de Guzmán el nombre de Francisco de Asís. Una noche rezaba el español pensando con angustia en los destinos de la hermosa madre de los santos, de la Iglesia, a quien había consagrado las fuerzas de su alma y espíritu. Y tuvo una visión: Jesucristo airado, en ademán de blandir tres agudas lanzas contra el mundo, y su Madre que por aplacarle le presentaba a dos hombres. En uno de ellos Domingo se reconoció a sí propio; el otro era un mendigo pálido y humilde. Al día siguiente, entrando Domingo en una iglesia, vió al hombre de su sueño, con la misma túnica remendada, el mismo aspecto de pobreza, iguales descoloridas mejillas. Fuese a él con los brazos abiertos, y estrechándole sobre su corazón, exclamó:—"Tú eres mi compañero: caminaremos juntos; vivamos unidos, y nadie prevalecerá contra nosotros."—Tomás de Celano refiere cómo Domingo y Francisco hablaron largamente, asidos de las manos, de cosas divinas y de la salvación de la raza humana; cómo Domingo pidió a Francisco la cuerda que llevaba ceñida, con ruegos tan vehementes que la obtuvo. Al terminarse el coloquio, dijo Domingo:—"Francisco, Francisco, únense nuestras religiones, y hagamos de las dos una sola" (6).—Cuando Francisco se despidió, murmuraba Domingo dirigiéndose a los presentes:—"En verdad os digo que todos los religiosos debieran seguir a este santo varón, ¡tal es de perfecto!"—De los dos fundadores que al abrazarse se hallaban persuadidos de que nadie prevalecería contra ellos, ninguno contaba en aquellos siglos de fuerza con medios ni poder material. Pero tenían el uno su corazón, el otro su mente; el entendimiento, que todo lo penetra; la voluntad, que lo mueve todo; la razón serena y el omnipotente amor. Para las masas populares

arrastradas por los valdenses, Francisco y su pobreza; para los doctores envueltos en las redes de los sofistas albigenses, Domingo y su elocuencia incontrastable. La sola condición del triunfo era unirse. Por estrechar el lazo entre las Ordenes mellizas; por cortar quizá rencillas tan importunas como serían las de la mano diestra con la siniestra, se establecieron costumbres destinadas a mantener la concordia de Menores y Predicadores. Todos los años, en Roma, el general de los franciscanos, asistido de sus frailes, oficia en la festividad de Santo Domingo en la iglesia de los Dominicos y a su vez lo hace el general de los Dominicos el día de San Francisco. Unos y otros entonan a coro la antífona: "El seráfico Francisco y el apostólico Domingo nos han enseñado tu ley, Señor." Ya en 1252 el general dominico Humberto de Romanis y el franciscano Juan de Parma, fieles a la idea de los dos fundadores, se reunían para escribir una carta amonestando a la alianza a todos los individuos de las órdenes esparcidos por el universo.

"El Salvador del mundo — dice la epístola,—que ama a todos los hombres y no quiere perezca ninguno de sus hijos, adopta en cada época distintos medios para remediar la primitiva ruina del género humano: y en estos últimos tiempos ha suscitado nuestras Ordenes, porque ministren salud... Mediante la gloria de Dios, y no la nuestra, somos dos grandes antorchas que alumbran con claridad del cielo a los que yacen sentados en sombra de muerte... los dos pechos de la esposa que nutre y lacta a los niños. La divina Sabiduría, que crió todas las cosas con número, no quiso una Orden sola, sino dos, a fin de que mutuamente se asocien en servicio de la Iglesia y en propia ventaja; encenderse deben en solo un amor, ayudarse y animarse; doble será su celo: las fuerzas de la una suplirán las que faltan a la otra, y será más

imponente el doble testimonio que rindan a la verdad. Caros hermanos, ved cuán abundante debe ser la sinceridad de nuestra dilección, ya que a un tiempo nos dió a luz la madre Iglesia, y que la caridad nos envió apareados para trabajar en la salvación de los hombres. ¿En qué nos daremos a conocer si no es en nuestra afectuosa unión? ¿Cómo podremos infundir caridad en las almas si entre nosotros anda flaca y desfallecida? ¿Cómo resistiremos a las persecuciones si estamos divididos interiormente? ¿Cuán grande, cuán fuerte debe ser el amor que nos une, puesto que fué inconmensurable entre los bienaventurados Francisco y Domingo, y entre nuestros antiguos padres! ¿Se consideraban unos a otros ángeles de Dios! Se recibían recíprocamente, como hubiesen recibido a Cristo; se honraban, se regocijaban de sus adelantos espirituales; se daban santos elogios, se ayudaban en todo, y evitaban cuidadosamente los escandalosos rencores...

"Que siempre la ley de amor regule nuestros actos... Que los protectores y bienhechores de ambas Ordenes sean bendecidos en común; que una Orden no trate de arrebatarse a la otra sus conventos, ni lo que la den de limosna; que no haya celos de ninguna especie en el ministerio de la predicación, sin lo cual ¿dónde está la caridad? Que una Orden no exalte en forma ofensiva sus grandes hombres y sus privilegios; que los hermanos eviten, sobre todo, hacer públicas las miserias y defectos de sus hermanos...

"Sabed que cada uno de nosotros desea de todo corazón, y plenamente quiere, que esto sea por vosotros ejecutado. Los transgresores serán castigados como enemigos de la unión y de la paz."

Bajo estos dos ministros tan inteligentes y conformes en miras, en el mismo año de 1252, fué instituída la Sociedad de los *Peregrinos de Cristo*, compuesta de dominicos y franciscanos, y destinada a llevar el

Evangelio a Oriente y a las regiones septentrionales.

El objeto de la estancia de Francisco en Roma, mientras se celebraba el Concilio de Letrán, era obtener de Inocencio III pública confirmación de su Orden e instituto. Allí, a la faz del orbe católico, ante los obispos congregados, declaró el Pontífice asentir a la regla de los franciscanos y admirarla, aunque la bula de aprobación no fué expedida hasta Honorio III. Regresó Francisco a Umbría, donde fundó varios conventos; y si bien había celebrado ya distintos capítulos, convocó para el día de Pentecostés del año 1216 el que se tiene por primer asamblea general y solemne de la Orden. Era a fines del mes de Mayo, y desplegó todas sus galas y prodigaba sonrisas la Naturaleza, cual si quisiese agasajar a los humildes y pequeñuelos Menores congregados en el nido de la Porciúncula. Cada fraile traía los frutos de su cosecha espiritual, y los depositaba a los pies del maestro. Aún carecía de organización aquel ejército bisoño; Francisco le daba instrucciones: la milicia había crecido de tal suerte, que ya en el capítulo de 1216, o, como quieren otros autores, en el de 1217, pudo Francisco dividir el mundo en provincias de su Orden, y señalar para cada una de ellas ministros provinciales que las gobernasen. Era llegada la época predicha por Francisco, en que, como magno conquistador y príncipe, enviase sus lugartenientes por todo el globo. En la distribución fué señalado fray Daniel, uno de los mártires de Ceuta, para Calabria; para Lombardía, Juan de Eustaquia; Benito de Arezzo, para la Marca de Ancona, el famoso Elías de Cortona, para Toscana; a fray Bernardo de Quintaval correspondió España, que ya conocía; a Juan Bonelli tocó el espinoso y glorioso puesto de ministro en Provenza; a Juan de Pena, la alta y baja Alemania. Reservóse para sí Francisco los Países Bajos y París, centro a la vez de temprana cultura y de estragadas

costumbres; ciudad ya entonces orgullosa y babilónica, donde al lado de las cátedras del Maestro de las Sentencias y de Pedro Comestor se habían alzado las de los panteístas y dualistas, cuyas doctrinas, encarnando en la práctica, anegaron en sangre la Galia Narbonense. Ardía, pues, Francisco por evangelizar la gran metrópoli, que con toda la ciencia de su célebre Universidad no sabía seguir los pasos de Cristo.—“Era cosa maravillosa, dice un cronista español de la Orden (7), ver a unos pobres hombres desnudos, descalzos, despreciados y despreciadores del mundo, dividirse ahora entre sí ese mismo mundo, repartiéndose sus provincias y reinos.”—“Id saludando a todo el que encontréis, encomendaba Francisco a sus discípulos, con las dulces palabras de Jesús: Que la paz sea con vosotros.”

Dispúsose Francisco a encaminarse a la provincia de su elección, y antes quiso despedirse en Florencia del cardenal Hugolino, su amigo. El cardenal desaprobó el viaje proyectado, sugiriendo y representando a Francisco lo muy necesaria que era su presencia en Italia, para consolidar la naciente Orden.—“Pero,—exclamaba Francisco.—yo he enviado a varios hermanos míos a remotos países: si me quedo tranquilo en mi convento, sin tomar parte en sus trabajos, será mengua para mí, y esos pobres religiosos, que padecen hambre y sed en tierra extraña, tendrán causa para murmurar; mas si saben que yo trabajo lo mismo que ellos, sufrirán de mejor grado las molestias, y me será fácil hallar nuevos misioneros.”—“Mas ¿con qué fin, interrogó el cardenal, expones a tus discípulos a tan largos viajes y tantos males?”—Y respondió Francisco con fe inquebrantable:—“Señor: tú crees que Dios no ha enviado a los frailes Menores sino para nuestras provincias; pero yo te digo en verdad que los ha elegido y diputado para provecho y salvación de todos los hombres. Irán en-

tre paganos e infieles; serán bien acogidos, y ganarán para Dios gran número de almas” (8).

Con todo esto, el cardenal persuadió a Francisco de la inoportunidad de ausentarse, y Francisco expidió a Francia en reemplazo suyo a Pacífico, el convertido trovador, a Angel y Alberto de Pisa. El poeta misionero fundó convento en París; de allí pasó a Bélgica, y en Thourot ganó un prosélito singular, un niño de cinco años a lo sumo, que apenas hubo visto a los frailes pidió con lágrimas a su familia que le vistiesen el hábito. Rieronse al pronto los padres; pero la tierna criatura se descalzó, se ciñó la cuerda, comenzó a observar la regla y a predicar a los demás niños por plazas y calles. Dos años jugó así a ser santo, hasta que su alma inocente y precoz abandonó el cuerpo: expiró pidiendo la Eucaristía, y muerto él su padre se hizo dominico, cisterciense su madre (9). En Provenza logró Juan de Bonelli fundar los conventos de Besanzón, Tolosa y Arles, auxiliado por el influjo de la santidad de su compañero Cristóbal de Romanía. La provincia de Inglaterra, que comprendía a Irlanda y Escocia, fué fecundísima para la Orden de San Francisco. Londres, Northampton, Cantorbery, Cambridge, acogieron con brazos abiertos a los frailes, que se cobijaban en cualquier casucha con que les brindaba la caridad, y así vivían y aumentaban en número como en el más espacioso convento; de suerte, que a los treinta y dos años de haber cruzado el estrecho los nueve emisarios de Francisco, contábase en Inglaterra cuarenta y nueve conventos y dos mil doscientos cuarenta y dos frailes. Dió la provincia inglesa cosecha de sabios a la Orden, de doctores que decoraron las brillantes escuelas de Oxford y Cambridge. No se mostró tan fácil de atraer y ganar la vasta provincia de Germania, que se extendía por todo el Norte de Europa, incluyendo a Dalmacia y Hungría. Malogróse totalmente la primera misión,